

DINOSAURIOS SUMERGIDOS

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Andrezzinho
Ilustraciones de interior: Pedro Villalba Ospina

© 2006, Ángela Posada-Swofford
© 2006, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8192-0
ISBN 10: 958-42-8192-5

Primera edición impresa en esta colección: agosto de 2019

Impreso por:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

DINOSAURIOS SUMERGIDOS

Ángela Posada-Swafford

ILUSTRACIONES DE **Pedro Villalba Ospina**

• COLECCIÓN •

JUNTOS EN LA AVENTURA



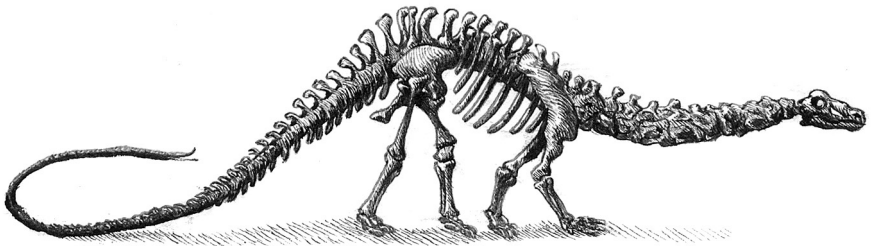


La **tía Abi**, sus sobrinos **Simón**, **Lucas** e **Isabel**, y su amiga **Juana**, viajan por todo el mundo, conociendo personajes fascinantes, explorando lugares hermosos, descubriendo complots y viviendo experiencias extraordinarias, siempre juntos en la aventura.

A EXPLORAR SIEMPRE



A mi hermana Ruby Posada, quien creyó en el proyecto desde la hora cero y alegremente se sentó a leer capítulo tras capítulo a medida que iban saliendo del horno como pequeños rollos de pan, unos sin sal, otros sin pimienta, algunos muy quemados y otros en su punto. Sus valiosos comentarios y sugerencias no cayeron en saco roto.



UNA INVITACIÓN ESPECIAL

■ ¡Simón! ¡Llegó un correo electrónico de la tía Abigaíl! —exclamó Lucas mientras tecleaba ágilmente en su computador—. ¡A que no adivinas adónde nos está invitando!

—¿Adónde? ¡Léelo ya mismo! —gritó su prima Isabel mientras corría escaleras arriba, y su larga cabellera rubia ondeaba tras ella.

—¡A pasar cinco días a bordo de un buque de investigaciones en alta mar! —respondió Lucas también a gritos—. Simón, ¿dónde rayos andas? La cosa suena genial: es un buque originalmente hecho para buscar petróleo, pero ahora lo usan para hacer estudios sobre el mar y la tierra. En este viaje están intentando descubrir la causa de la muerte de los dinosaurios hace 65 millones de años, y creen que el culpable fue un meteorito que cayó al mar. ¡Simón!

—Ya calma, hombre, que estoy detrás de ti —respondió el mayor de los chicos con una mueca divertida en su cara de perfectas proporciones—. ¿Qué tendrá que ver un buque oceanográfico con los dinosaurios...? —preguntó en voz alta.

—Pues déjame leer el correo de la tía —dijo Lucas.
Queridos Simón, Isa y Lucas:

Dentro de unos cuantos días estaré embarcada (espero que con ustedes tres y, desde luego, con Juana) en uno de los buques de investigación más grandes del mundo, que se halla en alta mar frente a las costas de la Florida. La misión de este barco es recorrer los siete mares haciendo profundos hoyos a cientos o miles de metros bajo el lecho marino, en busca de claves para entender la historia del planeta Tierra. Ya les explicaré todo con detalles (además, les sugiero leer la nota adjunta que escribí para una revista hace algunas semanas), pero el objetivo de este crucero de seis días es comprobar la teoría de que hace 65 millones de años un meteorito de 10 kilómetros de diámetro cayó al mar frente a la península de Yucatán, en lo que hoy es México. Y el golpe fue tan grande, que alzó olas de 200 metros de altura, y creó una nube de polvo y gases que cubrió la atmósfera durante mucho tiempo, matando no sólo a los dinosaurios, sino a tres cuartas partes de las criaturas vivientes del planeta. Los hoyos que se van a perforar frente a las costas de Florida podrían tener la respuesta a este gran misterio...

—¿Olas de 200 metros? ¿O sea que los dinosaurios se ahogaron? —interrumpió Isabel enderezándose las gafas rectangulares con marco azul que tendían a ladearse hacia la derecha y que hacían ver aún más abiertos sus ojos negros llenos de asombro. Isabel odiaba sus gafas a más no poder porque, según ella, la hacían verse fea. A veces se las quitaba sólo para que no se las notaran los niños mayores del colegio. Pero entonces era frustrante porque el mundo se le desenfocaba.

—No lo sé, Isa, tal vez sí —contestó Lucas escribiendo la palabra «dinosaurio» en su computador y recibiendo instantáneamente docenas de respuestas en forma de dibujos y textos—. Pero entonces, ¿por qué murieron también los animales marinos? No tiene sentido.

Cuando Lucas se entusiasmaba con algo no podía aguantar las ganas de saber la respuesta inmediatamente, sin importar hora o lugar. Hasta se levantaba a escondidas en medio de la noche porque la curiosidad no le dejaba pegar los ojos. Así era como había descubierto toda clase de trucos en Internet, dignos del mejor detective, para hallar respuestas a los interrogantes más descabellados.

—¿Y cómo rayos nos vamos a embarcar si el buque está en alta mar? —intervino Simón—. Esta vez me parece difícil que mamá nos deje ir. Acuérdate de que las aventuras de la tía la ponen nerviosa.

—Tu mamá podrá decir que no, pero más vale que la mía sí me deje. Todos sabemos que ella siempre convence a la tuya cuando se trata de acompañar a Abigaíl en uno de sus reportajes para la revista —repuso Lucas.

Tenía razón. Las tres hermanas eran muy unidas. La mayor era la madre de Simón e Isabel. La seguía la madre de Lucas. Y después estaba Abigaíl, una reportera de temas científicos que escribía para una conocida revista en Estados Unidos, y que vivía toda clase de aventuras en cada una de sus investigaciones. Con frecuencia, la tía Abigaíl se las ingeniaba para invitar a los niños durante las vacaciones a alguno de sus emocionantes viajes de

trabajo. Los había llevado a excavar una cantera en busca de rocas raras en una mina abandonada, y en otra ocasión los invitó, «detrás de las cámaras», a la filmación de una película llena de animales salvajes, dejándolos boquiabiertos de la emoción. En el futuro les tenía prometido ir a lugares maravillosos, como el fondo del mar, África y Antártica. Antes de comenzar sus aventuras con la tía, a los chicos no se les había pasado por la cabeza que la ciencia pudiera ser tan interesante y divertida. La verdad era que, con esa manera de estimularlos y abrirles horizontes nuevos, ¿a quién no le gustaría aprender cómo funcionan las cosas?

Abigaíl solía ser la confidente de los muchachos porque tenía algo especial que le permitía ponerse dentro de los zapatos de cada uno de ellos. De alguna manera intuía lo que les gustaba, lo que les molestaba y lo que les daba miedo. Era como si tuviera telepatía con ellos. Y aunque era muy firme a la hora de darles responsabilidades y disciplina, muchas veces parecía más una niña grande que una persona adulta, tomándolos del pelo y riendo a mandíbula batiente a la par de los cuatro. Lo que más les gustaba de ella era que los apoyaba en casi todo. Los hacía sentirse a sus anchas, pero al mismo tiempo, protegidos.

A su vez, Abigaíl veía a los niños como una gran promesa y un ejemplo de lo que podían lograr las mentes jóvenes. Vivía orgullosa de los cuatro, y no dudaba en hacérselo saber a todo el que quisiera escuchar. Además, los chicos eran excelentes compañeros de viaje, pues

se adaptaban a las cambiantes condiciones de climas y terrenos propios de los trotes de la tía. Incluso cuando la situación se ponía algo difícil, demostraban ser muy valientes y trabajar en equipo. Todo esto había forjado una especie de complicidad entre los cinco.

Por su parte, los primos se habían convertido en grandes amigos desde que comenzaron a vivir aventuras con Abigaíl. A sus trece años y medio, Simón era responsable y algo serio, aunque no le faltaba sentido del humor. Era alto y fuerte, y siempre se vestía bien, con combinaciones de moda. Se mostraba sumamente cariñoso con su madre y su hermana y pensaba bien las cosas antes de actuar. Su pelo en bucles castaños con mechones dorados por el sol, ojos color miel y suave forma de hablar trastornaban a más de una niña en el colegio. Era la roca y la voz de la razón en el grupo y le fascinaban la música, el cine, la arquitectura y correr.

Y desde que Abigaíl le regaló su primer disco de rock, soñaba con ser parte de una banda musical alternativa. De hecho, ya estaba comenzando a formar una banda en el colegio y el profesor de música lo convenció de ensayar la guitarra eléctrica. Estar en un escenario le hacía perder un poco de su timidez natural. La que no estaba tan contenta con los gustos musicales de Simón era su madre, quien alzaba la vista con desesperación los domingos por la mañana, cuando los ácidos compases llenaban la casa.

Fuera de los exámenes de matemáticas de fin de año, la vida de Simón transcurría por lo general libre de pre-

ocupaciones. Exceptuando un viejo temor que guardaba desde la muerte de su padre hacía algunos años, del que casi nunca solía hablar.

Su hermana Isabel, cuatro años menor, era muy femenina y le encantaba adornarse el pelo con cintas azul celeste en toda clase de peinados. A veces era consentida y algo malcriada, pero de alguna manera había madurado y ahora seguía fielmente al grupo en sus aventuras, a pesar de las peligrosas situaciones que habían atravesado en más de una ocasión. Además, le gustaban la historia y la geografía y se sabía de memoria las capitales de los países. Isabel llamaba la atención por su imaginación, que echaba a volar casi todos los días, inventando en su mente escenas dignas del escritor más creativo del mundo.

Últimamente intentaba aprender a tocar piano, y el profesor aseguraba que sus largos y estilizados dedos eran perfectos para este instrumento. Pero era poco constante y no siempre practicaba sus lecciones. Y como era muy dormilona, con frecuencia llegaba tarde a esa clase. Isabel adoraba a Simón y tendía a seguirlo a todas partes, como un cachorrito. Hasta que Simón comenzó a oír su música alternativa, cosa que Isa detestaba. Desde entonces se volvió un poco más independiente, y armó un club de amigas para explorar las colinas tras su casa, que bautizaron con nombres de reinos fantásticos. Como era una lectora incansable, acumulaba libros llenos de unicornios y otros seres mitológicos. Le gustaba imaginarlos caminando por las calles de las ciudades

modernas como si nada, sosteniendo con sus habitantes conversaciones acerca de sus propios mundos.

A Lucas, que tenía doce años, la piel bronceada y el cabello liso y muy negro, le sobraba valor. Aunque vivía con las narices metidas en un computador, aprendiendo cosas insólitas, era excelente deportista y «resuelvelotodo». A sus compañeros de colegio les parecía increíble lo que podía hacer con una caja de herramientas, una navaja o un simple alambre. Una vez desactivó la alarma del ala principal, que se había quedado pegada con su agudo timbre a punto de enloquecerlos a todos, mucho antes de que llegara el jefe de mantenimiento. Y a la hora de abrir un candado sin llaves o de arreglar las antenas de la televisión, la escuela entera acudía a Lucas.

Para Lucas, que vestía siempre de jeans y botas de montañismo, no había otra alternativa en su futuro que viajar al espacio. Leía todo lo que salía sobre los viajes interplanetarios, y cuando cumplió siete años se fabricó un andamio de cajas de cartón incluso con sistema de comunicaciones por radio, que bautizó como su propio cohete. Su sueño dorado era convertirse en astronauta y viajar a Marte como parte de una tripulación para explorar por primera vez el Planeta Rojo. Sabía que las agencias espaciales del mundo estaban ya trabajando en ese proyecto, el cual sería una realidad para cuando él tuviera veinticinco años de edad.

Su otra pasión eran los videojuegos. Los creadores del sistema acababan de sacar al mercado un juego portátil, que era lo último porque se podía jugar a larga distancia

con amigos en otras ciudades, no dependía de un televisor y además en su pantalla alargada se podían ver películas, escuchar música y un sinnúmero de maravillas más. Pero claro, era carísimo aún y no había manera de que se lo compraran por ahora. Encima de todo, su madre se quejaba amargamente de que esos juegos no le iban a enseñar nada, y que ya Lucas era de por sí bastante distraído como para embobarse frente a la pantalla de esa manera. Pero entonces la buena de la tía Abigaíl llegó al rescate, explicándole a su asombrada madre que los mejores pilotos de la NASA habían sido excelentes jugadores de todos estos aparatos electrónicos.

—¿Cómo crees que se acopla el transbordador a la Estación Espacial Internacional? —le preguntó Abigaíl un día a su hermana—. ¡Pues moviendo suiches y una palanca prácticamente idénticos a estos de los juegos de Lucas! Déjame decirte que no es nada fácil adquirir la coordinación necesaria para mover los dedos en dos direcciones diferentes al tiempo... Eso sí, siempre y cuando los juegos sean apropiados para su edad.

—Seguro que a Juana no le ponen problema para ir en este viaje —comentó Isabel refiriéndose a la mejor amiga de la escuela de Lucas que, desde su primera aventura con los tres primos, hacía un año, era prácticamente parte del grupo.

Juana vivía en el campo y, como no tenía hermanos, era algo solitaria, huraña y desordenada. Era muy curiosa por todas las cosas de la naturaleza y coleccionaba desde arena en frasquitos, hasta semillas, hojas, caracoles

y alas de insectos que iba encontrando por ahí. Cuando viajaba solía escribir una bitácora de apuntes, en la que dibujaba cuanto veía. Era quizás la más apasionada de los cuatro, la más valiente, y perdía los estribos con más frecuencia. Su pelo rojo era muy liso, y ella siempre lo llevaba corto, dentro de una gorra de béisbol color naranja que hacía juego con los tonos ácidos de sus pantalones, porque nunca se ponía faldas. Lucas decía que cuando los ojos azules de Juana comenzaban a echar chispas había que poner pies en polvorosa. Pero una vez se ganaba su amistad, su lealtad era a prueba de bomba.

Si Lucas suspiraba por el espacio, la impulsiva Juana lo hacía por el mar. En esto se parecía a Abigaíl. Era magnífica nadadora y siempre que podía practicaba sumergirse en la piscina conteniendo el aliento. Pensaba que esto le iba a servir mucho cuando se convirtiera en bióloga marina, pues desde que tuvo uso de razón sabía que quería estudiar la vida en los océanos. Juana adoraba los animales, pero como su madre era terriblemente alérgica a plumas y pelajes, sólo una vez había podido tener un gato. Por eso soñaba con tener una casa junto al mar con varias mascotas, a la que llegarían delfines salvajes a comer libremente. Y ella se sentaría en el muelle con los pies en el agua para verlos brincar.

—¡Claro que a Juana la dejarán ir! —sentenció Lucas—. Según escribe la tía Abigaíl, en el buque está el profesor Basalto. ¿Recuerdan que lo conocimos en la Navidad pasada? Es un geólogo, primo lejano del padre de Juana, ¡qué casualidad!

—¿Un qué? —preguntó Isabel.

—Un geólogo. Es un científico que estudia cómo se formaron las montañas, los continentes, los océanos y los planetas, ya lo verás pronto en el cole —contestó Simón con una sonrisa comprensiva.

—Pásame el celular, Simón. Me reviento de ganas de contárselo a Juana —dijo Lucas sin quitar los ojos de la pantalla del computador.

Tres días después se había resuelto todo: los chicos viajarían hasta Miami, donde los recibiría Abigaíl, y al día siguiente subirían a un helicóptero que los llevaría en un largo viaje cruzando la gran corriente del golfo, hasta el buque de investigaciones que flotaba a 500 millas de la costa. Como Lucas había predicho, su madre sólo tuvo que llamar a la de Simón para tranquilizarla. Además, parte del trato con el profesor Basalto era que los niños tendrían que escribir un trabajo sobre su experiencia a bordo para presentarlo en el colegio. Y esto, naturalmente, las dejó encantadas.



El avión comenzó a perder altura sobre los cayos de la Florida.

Con la nariz pegada contra la ventanilla, Isabel recordó el artículo de revista enviado por la tía e intentó imaginar lo que habría visto un dinosaurio ese fatídico día hace 65 millones de años cuando chocó el meteorito. A su mente acudieron escenas de una familia

de tiranosaurios tranquilamente preparándose para cenar...

...Justo cuando los pequeños carnívoros comenzaban a arrancar tiras de músculo de la pata de un dinosaurio herbívoro recién cazado por su madre, una luz apareció en el horizonte. Su intensidad creció rápidamente, y los jóvenes tiranosaurios alzaron la vista con curiosidad. Sus caras escamosas estaban bañadas por la nueva luz dorada. Sus fieros ojos amarillos temblaron momentáneamente y después volvieron a su trozo de carne. Ellos lo ignoraban, pero el meteorito se acababa de estrellar a dos mil millas de su selva de pinos, y el distante resplandor que observaban representaba una explosión millones de veces más fuerte que una bomba atómica, capaz de abrir un cráter de 125 millas de ancho y 10 millas de profundidad en la corteza terrestre...

El mar azul oscuro del Caribe dio paso a una serie de pinceladas verdes, y el fondo de coral y arena se veía claramente desde la ventana del avión.

—¡Huuuy, miren esos corales! —exclamó Juana con ansiedad, quitándose un corto mechón de pelo rojizo de la cara. Sus ojos, del mismo azul cobalto que el agua que sobrevolaban, observaban intensamente.

A Juana, el mar le producía una atracción que no podía describir con palabras. Cuando estaba dentro, fuera o sobre éste, sentía una gran fuerza que la hacía sentirse feliz y capaz de todo. No podía entender por qué a algunas personas les producía miedo el agua. Ella se

sentía tan a gusto en el fondo de una piscina como en su casa.

—Mis padres prometieron dejarme tomar las clases de buceo que dan en el colegio cuando entre a la secundaria. No veo la hora —añadió ilusionada—. ¿Podremos meternos al mar cuando estemos en este barco?

—No sé —repuso Lucas—. Pero sí sé que tienes que esperar por lo menos dos años antes de tomar una clase de buceo: las presiones a las que sometes el cuerpo no son buenas cuando estás creciendo. Lo vi en la tele. Y no es que le falte valor —añadió inclinando la cabeza hacia Simón—. Esta Juana sabe coger erizos de mar sin picarse los dedos y se ha metido a caretear con los tiburones. Podría decir que creció entre ellos.

—¡Cállate ya! —protestó Juana sonrojándose al captar la mirada de Simón, quien se acababa de quitar los audífonos de su MP3 portátil tras dos horas de un concierto de sus máximos ídolos: Nirvana. La banda había perfeccionado una creativa fusión de *grunge* y rock alternativo, cuyo último disco literalmente volaba de las tiendas de música—. Tampoco exageres. Lo que pasa es que mis padres se la pasan haciendo excursiones de buceo a la isla de unos amigos en la costa. Y yo adoro el mar, no lo puedo evitar.

Simón la miró con envidia. Cuando era pequeño, él tenía la misma pasión por el mar que Juana. Pero una tarde tormentosa de vacaciones el velero en que navegaba con su padre se volcó. Su padre perdió la vida tratando de salvarlo, mientras que Simón había quedado

atrapado bajo el agua durante lo que le pareció una eternidad. Desde entonces, a veces soñaba con que se echaba a nadar en un mar abierto muy tranquilo y profundo, sólo para descubrir que era como una piscina de arena movediza que lo halaba hacia abajo. A veces la arena se transformaba en las manos de su padre, agarrándolo firmemente por los tobillos.

—Suenas idéntica a la tía Abigaíl —dijo, tratando de olvidar el doloroso pensamiento—. Ella dice que en vez de sangre tiene agua de mar en las venas, con todo y pequeños camarones y peces. ¡No puede ver un charco sin querer meterse en él! Mamá dice que la tía se anda enredando en tantas aventuras que un día de estos va a terminar en otro mundo.

—¡La que está en otro mundo es Isa, mírenla! —exclamó Juana de repente, volteándose hacia la ventanilla. La frente de Isabel continuaba atornillada al vidrio. Pero sus ojos, en vez de ver el mar, estaban llenos de visiones apocalípticas de la Prehistoria...

...Durante unos cuantos minutos, los pichones de tiranosaurio continuaron comiendo sin ser perturbados. El resplandor se apagó un poco, pero en su lugar surgió una inmensa columna de humo oscuro. De pronto, la Tierra comenzó a temblar. Los pequeños alzaron la mirada y después se acurrucaron con miedo. El temblor aumentó y les hizo perder el equilibrio. Como la onda de choque de una bomba atómica, una oleada de viento sacudió la selva prehistórica, arrancando de raíz los altos pinos. Los tiranosaurios fueron

violentamente arrojados a un mortal remolino de rocas y vegetación. El viento cesó momentáneamente, pero la onda regresó en dirección opuesta, arrancándolo todo a su paso. La columna de humo se agrandó cada vez más y comenzó a cubrir el cielo, mientras hacía un calor sofocante. Una lluvia de rocas en llamas cayó de arriba, incendiando todo lo que tocaba. Los animales que aún estaban vivos fueron muriendo uno a uno, asfixiados por el calor y el aire cargado de venenos...

Miami Beach apareció en la distancia y entre playas amarillas claras que resplandecían bajo el sol. Una fila de edificios color pastel se erguía frente al mar verde lechoso. El avión aterrizó en medio de un calor húmedo.

—¿Dónde está? ¿Ya la viste? —preguntó Lucas saliendo a la zona de embarque.

—¡Sí! ¡Allá! ¿No ves ese sombrero inconfundible? —respondió Simón comenzando a correr en esa dirección.

—¡Helloooo, chicos! ¡Simón! —gritó Abigaíl agitando el sombrero de paja vigorosamente. Era una mujer de unos cuarenta años, pelo corto con mechones rubios de varios tonos siempre despeinados y una sonrisa permanente. Tenía puesta una pantaloneta caqui y una blusa negra con un gran bolso de lona y cuero en el hombro. El conjunto recordaba una expedicionaria de safari en África—. ¿Qué tal el viaje? ¿No es divina la vista desde el avión? Isa, estás muy delgada, ¿es que no te alimentan bien? —exclamó mientras los abrazaba uno por uno sin

dejar de hablar un instante—. ¡Mi querida Juana! ¡Cómo me alegra que este año te hayan dejado venir también! Definitivamente el grupo no está completo sin ti.

Juana recordó que la calidez de Abigaíl le había gustado de inmediato cuando la conoció. Todavía le costaba creer que alguien se tomara el trabajo de llevar a cuatro niños en expediciones y salidas de campo por todo el mundo. Pero es que Abi era diferente de todos.

Al día siguiente, los cinco estaban cómodamente instalados en la arena caliente, bebiendo gaseosa y comiendo mangos maduros. Habían pasado la tarde anterior comprando sombreros y lociones solares. Después habían visitado el famoso acuario donde vivía la ballena *Lolita*, una vieja orca que llevaba quién sabe cuántos años entreteniéndolos a los visitantes en dos espectáculos diarios. Al principio, Isabel quedó asombrada ante el tamaño y agilidad de la orca, que era capaz de saltar hasta un balón rojo suspendido a diez metros de altura. Después pensó que la vida de *Lolita* debía ser bastante aburrida en su solitario tanque. Se preguntaba si la gran ballena blanca y negra entendía los aplausos de la gente, y esperaba que por lo menos hubiera escuchado sus gritos de emoción. La voz de Abigaíl la sacó de sus pensamientos.

—Tenemos que acostarnos temprano porque el helicóptero despegará poco después del amanecer y no nos van a esperar si no estamos listos. Mañana va a ser un día largo.

—Entonces, ¿es verdad lo del helicóptero? —preguntó Isabel con nerviosismo—. ¡Nosotros nunca hemos montado en uno! ¿Se mueve mucho?

—Espero que no —repuso Abigaíl—. Los pronósticos del clima son muy buenos. Es un viaje largo, casi de tres horas. Pero sé que les va a gustar. Y esperen a que vean lo que es aterrizar en un buque en mar abierto. Absolutamente del otro mundo... Juana, qué callada estás, llevas una hora mirando al horizonte; ¿en qué piensas?

Sin abrir la boca, Juana se levantó de la arena como impelida por un resorte y salió disparada a sumergirse en las aguas transparentes. Con fuertes brazadas llegó hasta la boya anclada en la distancia y, tomando una bocanada de aire, desapareció bajo las olas sin importarle la picazón de la sal del agua en los ojos. No en vano era la mejor nadadora de la clase. Los dinosaurios, los buques y los helicópteros podían esperar hasta mañana. Por ahora lo inminente era sentir el abrazo cálido del mar.

Esa noche, las explicaciones de la tía Abigaíl cobraban nuevamente vida propia en los sueños de Isabel. La película que había comenzado a producir su febril imaginación terminó con una escena que, incluso dormida, la hizo llorar.

...Lentamente se apagó el sol sobre el mundo de los dinosaurios, y el cielo adquirió una oscuridad artificial. Este invierno forzado evitó que las plantas pudieran tomar la luz del sol y fabricar hojas verdes para alimentar a los herbívoros, que a su vez habrían de alimentar a los carnívoros. Entonces

comenzaron a morir miles de millones de criaturas. Seres que nadaban, seres que reptaban y seres que volaban iban cayendo como hojas de otoño, desapareciendo para siempre. La madre tiranosaurio yacía sobre la hierba con el cuerpo retorcido y la boca abierta. La lluvia de rocas incendiarias derritió su hermosa piel veteadada y sus músculos, dejando al descubierto sus enormes dientes de depredadora. Lentamente el sol y el tiempo convirtieron sus restos en piedra. Y un día, millones de años después, una experta en fósiles con los cabellos rubios prisioneros en una trenza y lentes de marco azul, se agachó sobre la roca expuesta en la ladera de una montaña. Con dedos temblorosos por la emoción, acarició la quijada de esta poderosa reina de la selva, como si temiera despertarla.